

»Volvíame todo conmovido y sintiendo algo de esa conmoción mezclada de terror divino que experimenté en Jerusalén, cuando mi *cicerone* me propuso conducirme á la casa de lord Byron. ¿Y qué me importaban Childe-Harold y la signora Giuccioli en presencia de Dante y de Beatriz? A Childe-Harold le faltan todavía la desgracia y los siglos: que aguarde el porvenir. Byron fue mal inspirado en su profecía del Dante.

»Volví á hallar á Constantinopla en San Vidal y San Apolinario. Honorio y su gallina nada me importaban y me agradaba mas Placidia y sus aventuras, cuyo recuerdo se me presentaba en la basilica de San Juan Bautista: esta es la novela entre los bárbaros. Teodorico permanece grande, á pesar de haber hecho morir á Boecio. Aquellos godos eran de una raza superior. Amalazonte, desterrada á una isla del lago de Bolsena, se esforzó con su ministro Casiodoro en conservar todo lo que quedaba de la civilización romana. Los exarcas lev aron á Rávena la decadencia de su imperio. Rávena fue bombardeada en tiempo de Astolfo, y los Carlovingios la devolvieron á Roma. Hizose súbdita de su arzobispo; luego se cambió de república en tiranía; y finalmente, despues de haber sido güelfa ó gibelina; despues de haber formado parte de los Estados Venecianos, volvió á la Iglesia en tiempo del papa Julio II, y no vive hoy sino por el nombre de Dante.

»Esta ciudad, que Roma encarnó en suseno en edad avanzada, tuvo desde su origen algo de la vejez de su madre. A turbio correr vivirá yo bien aquí, y me agradaría ir á la columna de los franceses, erigida en memoria de la batalla de Rávena. Allí se hallaron el cardenal de Médicis (Leon X) y Ariosto, Bayardo y Lautrec, hermano de la condesa de Chateaubriand. Allí fue muerto, á la edad de veinte y cuatro años, el gallardo Gaston de Foix. A pesar de toda la artillería disparada por los españoles, los franceses avanzaban siempre, dice el *Leal Servidor*; desde que Dios crió el cielo y la tierra no ha habido un asalto mas terrible entre franceses y españoles. Descansaban unos delante de los otros á fin de tomar aliento, y luego, bajando los ojos, volvian á la carga gritando: ¡*Francia y España!* No quedaron de tantos caballeros mas que unos cuantos guerreros, que habiendo conquistado entonces la gloria vistieron el sayal.

»Veíase tambien en alguna cabaña á una jóven que dando vueltas á su huso enredaba sus delicados dedos en el cáñamo: aquella jóven no estaba acostumbrada á semejante vida; era una Trivulcia. Cuando al través de su puerta entreabierta veía reunirse dos olas en la extension de las aguas, sentía aumentarse su tristeza: aquella mujer habia sido amada de un gran rey, y continuaba marchando tristemente por un camino aislado desde su cabaña á una iglesia abandonada y desde esta á su cabaña.

»La antigua selva que yo atravesaba estaba compuesta de pinos aislados que parecian mástiles de galeras enclavados en la arena. El sol estaba próximo á su ocaso cuando salí de Rávena, y á lo lejos oí el sonido de la campana que llamaba á los fieles á orar.»

Ancona 3 y 4 de octubre.

»De vuelta á Forli, lo dejé otra vez sin haber subido sobre sus ruinosos baluartes, sin saber cuál fue el sitio en donde la duquesa Catalina Sforzia declaró á sus enemigos, preparados á degollar á su hijo único, que todavía podia ser madre. Pio VII, natural de Casena, fue fraile en el admirable convento de la *Madona del Monte*.

»Atravesé junto á Savignano el lecho de un pequeño torrente: cuando me dijeron que habia dejado el Rubicon, me pareció que se levantaba un velo y veía la tierra del tiempo de César. Mi Rubicon, para mí,

es la vida, y desde hace mucho tiempo he pasado ya su primera orilla.

»En Rimini no encontré ni á Francisca ni la otra sombra de su compañera que parecían tan ligeras al viento.

E pajon si al vento esser leggeri.

Rimini, Pésaro, Fano y Sinigaglia me condujeron á Ancona sobre puentes y caminos dejados por los Augustos. En Ancona se celebra hoy la fiesta del papa, y oigo la música en el arco triunfal de Trajano: doble soberanía de la ciudad eterna.»

Loreto 5 y 6 de octubre.

«Hemos venido á dormir á Loreto. El territorio presenta un *esperimen* perfectamente conservado de la *colonia romana*. Los aldeanos arrendatarios de *Nuestra Señora* viven cómodamente y parecen dichosos: las aldeanas, hermosas y alegres, llevan una flor en sus cabellos. El prelado gobernador nos dió hospitalidad. Desde lo alto de los campanarios, y desde la cima de algunas eminencias de la ciudad, se divisan perspectivas risueñas sobre las campiñas, sobre Ancona y sobre el mar. Por la noche tuvimos tempestad, y me complacia en ver la *valentia moralis* y la fumaria de las cabras doblarse al viento bajo las galerías de dos pisos construidos segun los dibujos de Bramante. Aquellas piedras serán azotadas por las lluvias de otoño, y aquellos manojos de yerba se estremecerán al soplo del Adriático mucho tiempo despues que yo haya pasado.

»A las doce de la noche estaba yo recogido en un lecho de ocho piés cuadrados, consagrado por Bonaparte: una lamparilla iluminaba apenas la oscuridad de mi cuarto; de repente se abre una puerta pequeña, y veo entrar misteriosamente á un hombre acompañado de una mujer que tenia un velo echado. Me incorporo sobre el codo, y le miro. El se acerca á mi cama y se apresura inclinándose hasta el suelo, á pedirme mil perdones por turbar de aquel modo el sueño del señor embajador; pero es viudo; es un pobre intendente que desea casar á su *ragazza*, allí presente, pero desgraciadamente le falta algo para su dote. En esto levanta el velo de la huérfana, que era descolorida, muy linda, y tenia los ojos bajos con una modestia pudorosa. Aquei padre de familia queria al parecer marcharse y dejar á la novia que me acabase su historia. En aquel peligro inminente no pregunté al obsequioso infortunado, como preguntó el buen caballero á la madre de la muchacha de Grenoble, si era virgen, sino que á toda prisa cogi algunas monedas de oro de la mesa que estaba junto á mi cama, y las di, para hacer honor al rey mi amo, á la *zitella*, cuyos ojos no estaban hinchados en fuerza de haber llorado. Ella me besó la mano con infinito reconocimiento: yo no pronuncié una palabra, y volviéndome á dejar caer sobre el inmenso lecho, como si quisiese dormir desapareció la vision de San Antonio. Di gracias á mi patrono San Francisco, cuya fiesta era aquel dia, y permaneci en las tinieblas, medio risueño y medio pesaroso, profundamente admirado de mis virtudes.

»Así era, no obstante, como yo sembraba el oro y era embajador, alojado con toda pompa en casa del gobernador de Loreto, en aquella misma poblacion en que el Taso se habia visto hospedado en tan mezquino chiribitil y en donde, por falta de un poco de dinero, no podia continuar su camino. Pagó su deuda á Nuestra Señora de Loreto con su *canzone*:

Ecco fra, le tempeste y fieri venti.

»Mad. de Chateaubriand hizo penitencia de mi fortuna pasajera, subiendo de rodillas los escalones de la

Santa Chiesa. Despues de mi victoria de la noche, habria tenido mas derecho que el rey de Sajonia para depositar mi traje de boda en el tesoro de Loreto; pero nunca me pordonaré á mí pobre hijo de las musas, haber sido tan poderoso y feliz en donde el cantor de la Jerusalem habia sido tan débil y miserable. Torcuato, no me contemples en este momento extraordinario de mis inconstantes prosperidades: la riqueza no es mi estambre: considérame en mi viaje á Namur, en mi granero de Londres, en mi enfermeria de París á fin de hallarme alguna lejana semejanza contigo.

»No dejé, como Montaigne, mi retrato en plata en Nuestra Señora de Loreto, ni el de mi hija, *Leonora Montana, filia unica*: nunca he deseado sobrevivirme; pero sí una hija, y que llevase el nombre de Leonor.»

Spoletto.

«Despues de dejar á Loreto, y pasar por Macerata y Tolentino que marca un paso de Bonaparte y recuerda un tratado, subí las últimas escabrosidades del Apenino. La meseta del monte está húmeda y cultivada como un plantío de lúpulos. A la izquierda estaban los mares de Grecia, á la derecha los de Iberia, y podia verme halagado á la vez por el soplo de las brisas que habia respirado en Atenas y Granada. Bajamos hácia la Umbria caracoleando en las volutas de las gargantas exfoliadas, donde en grupos de bosque se hallan suspendidos los descendientes de aquellos montañeses que suministraron soldados á Roma despues de la batalla de Trasimeno.

»Foligno poseía una Virgen de Rafael que está hoy en el Vaticano. *Vene*, en una posicion encantadora, está en el nacimiento del Clitumno. El Poussin ha reproducido este punto ardiente y suave: Byron lo cantó friamente.

»Spoletto ha sido cuna del papa actual. Segun mi correo Giorgini, Leon XII habia puesto en esta ciudad los galeotes para honrar su patria. Spoletto se atrevió á resistirse á Anibal, y muestra muchas obras de Lippi el antiguo, que, educado en un claustro, esclavo en Berbería, especie de Cervantes entre los pintores, murió á los sesenta años cumplidos del veneuo que le dieron los parientes de Lucrecia, seducida por él, á lo que se creía.»

Civita-Castellana.

«En Monte-Lupo el conde Potoski se sepultó en encantadoras Lauras; ¿pero no le siguieron los pensamientos de Roma? ¿No se veía trasladado en medio de los *coros de doncellas*? Y yo tambien, como San Gerónimo, pasé en mi tiempo el dia y la noche en exhalar gemidos, y en herirme el pecho hasta que Dios me enviaba la paz. Siento no ser ya lo que he sido: *plango me non esse quod fuerim*.

»Despues de pasar las ermitas de Monte-Lupo, principiamos á rodear el Somma. Yo habia seguido ya este camino en mi primer viaje de Florencia á Roma por Perusa, acompañando á una mujer moribunda...

«En la naturaleza de la luz, y por una especie de viveza de las cercanías, me hubiera creído en una de las cimas de los Alleghnanis, si no fuese porque un elevado acueducto, coronado por un estrecho puente, me recordaba una obra de Roma, en que habian puesto mano los duques lombardos de Spoletto: los americanos no han llegado aun á esos monumentos que vienen en pos de la libertad. Subí el Somma á pie junto á unos bueyes del Clitumno, que arrastraban triunfalmente á la señora embajadora. Una jóven Cabrera delgada, ligera y graciosa como su cabritilla, me seguía con un hermanito suyo en aquellos opulentos campos pidiéndome la *carità*, la cual le di en memoria de Mad. de Beaumont, de quien no se acuerdan ya aquellos sitios.

»Alas! regardless of their doom  
The little victims play:  
No sense have they of ills to come.  
Nor care beyond to-day.

«¡Ay! ¡Sin cuidado por su suerte, juguetean las pequeñas víctimas! ¡Ni preven males futuros, ni se cuidan mas que del día!»

»Volví á hallar á Terni con sus cascadas. Una tierra plantada de olivos me condujo á Narni: luego, pasando por Otricoli, fuimos á parar á la triste Civita-Castellana. Hubiera querido ir á *Santa Maria de Falleri* para ver una ciudad que no tiene mas que la piel, su recinto: en lo interior estaba vacía: miseria humana hace pensar en Dios. Dejemos pasar mis grandezas, y volveré á buscar la ciudad de los Faliscos. Desde el sepulcro de Neron voy á mostrar muy luego á mi mujer la cruz de San Pedro, que domina la ciudad de los Césares.»

CARTAS A MAD. RECAMIER.

Acábase de recorrer mi diario de viaje: ahora se van á leer mis cartas á Mad. Recamier, entremezcladas, como ya lo he anunciado, de páginas históricas.

Paralelamente van tambien mis despachos, y aquí es donde aparecen distintamente los dos hombres que existen en mí.

A Mad. Recamier.

Roma 11 de octubre de 1811.

«He cruzado esta hermosa comarca, llena de vuestros recuerdos: mucho me consolaban estos, sin quitarme, no obstante, la tristeza de los demás recuerdos que á cada paso encontraba. He vuelto á ver ese mar Adriático, que habia cruzado hace mas de veinte años. ¿Y en qué disposicion de ánimo! En Terni me detuve con una pobre moribunda. Al fin he entrado en Roma. Sus monumentos, despues de los de Atenas, me han parecido, como temia, menos perfectos. Mi memoria de los sitios, admirable y cruel á la vez no me habia dejado olvidar una sola piedra.

»A nadie he visto aun, á excepcion del secretario de Estado, el cardenal Bernetti. Por tener con quien hablar fui ayer al anochechar á buscar á Guerin, que pareció altamente gozoso con mi visita. Abrimos una ventana que daba á Roma, y admiramos el horizonte. Es la única cosa que ha quedado para mí tal como la ví: mis ojos y los objetos han cambiado, y quizás ambos á dos.»

LEON XII Y LOS CARDENALES.—LOS EMBAJADORES.

Los primeros momentos de mi permanencia en Roma fueron empleados en visitas oficiales. Su Santidad me recibió en audiencia particular: las audiencias públicas no están ya en uso, y cuestan muy caras. Leon XII, príncipe de elevada estatura, y de aire á la vez sereno y triste, va vestido con una simple sotana blanca: no tiene fausto ninguno, y ocupa un gabinete pobre y casi sin muebles. Apenas come, y se mantiene con su gato con un poco de *polenta*. Conoce que está muy enfermo, y se ve desmejorar con una resignacion que participa de la alegría cristiana: de buen grado pondría, como Benito XIII, en un ataud debajo de su cama. Cuando llegué á la puerta de las habitaciones del papa, un eclesiástico me condujo por corredores oscuros hasta el asilo ó santuario de Su Santidad. Ni siquiera quiso que le vistiesen, por temor de hacerme esperar: levantóse, y salió á recibirme, sin permitirme hincar una rodilla en tierra para

besarle el extremo de su traje, en vez de su chinela: en seguida me condujo de la mano hasta una silla colocada á la derecha de su pobre sillón. Sentados ambos, entramos en conversacion.

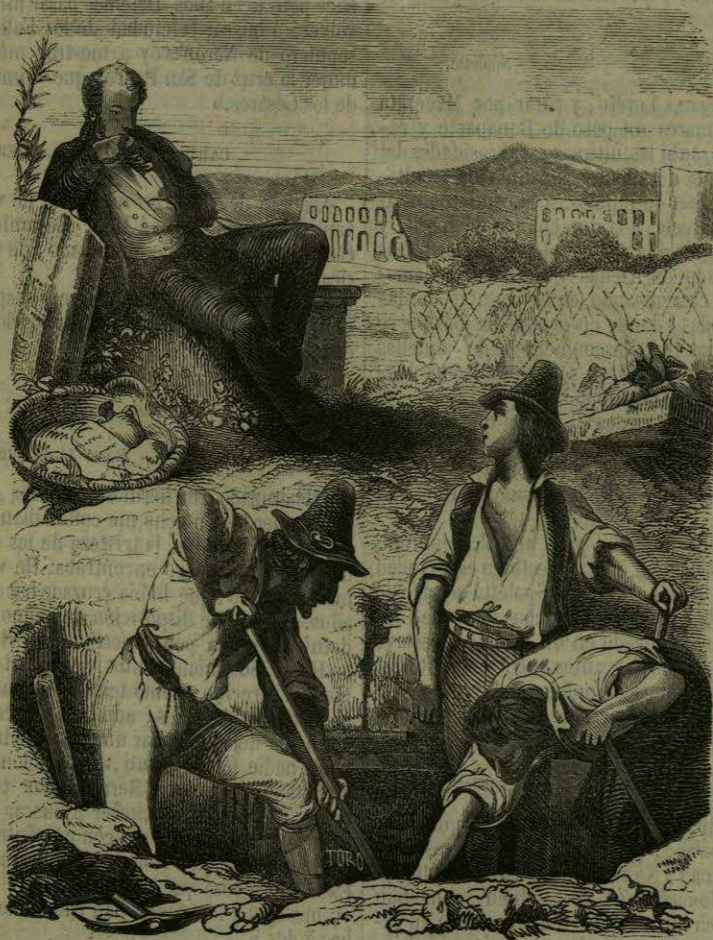
El lunes fui á las siete de la mañana á casa del secretario de Estado, Bernetti, hombre de negocios y de genio alegre: está relacionado con la princesa Doria, conoce el siglo, y no ha aceptado el capelo de cardenal sino muy á su pesar. Reusó entrar en la iglesia; no es subdiácono mas que por nombramiento, y podría casarse cuando quisiera, devolviendo el capelo. Cree en revoluciones, y llega hasta pensar que

si su vida es larga verá probablemente la caída temporal del pontificado.

Los cardenales están divididos en tres partidos.

El primero se compone de los que quieren marchar con la época, y entre quienes figuran Benvenuti y Opizzoni. Benvenuti se ha hecho célebre por la estirpacion de los bandoleros y por su mision á Rávena, despues del cardenal Rivarola. Opizzoni, arzobispo de Bolonia, se ha conciliado las diferentes opiniones en esta ciudad industrial y literaria, difícil de gobernar.

El segundo partido se forma de los *Zelanti*, que



CHATEAUBRIAND EN LAS RUINAS DE ROMA.

intentan retrogradar: uno de sus jefes es el cardenal Odescalchi.

Por último, el tercer partido comprende los inmóviles, ancianos que no quieren ó no pueden marchar adelante ni atrás; entre estos se cuenta el cardenal Vidoni, especie de gendarme del tratado de Tolentino, grueso y alto, rostro encendido y solideo atravesado. Cuando se le dice que tiene probalidades de subir al pontificado, responde: *Lo santo spiritu sarebbe dunque ubriaco*. Planta árboles en Ponte Molle, en donde Constantino hizo el mundo cristiano. Yo veo esos árboles cuando salgo de Roma por la puerta del Pueblo, para volver por la puerta Angélica. En cuanto me divisa el cardenal, me grita: ¡ Ah! ¡ Ah, signor ambasciadore di Francia! y luego se enoja contra los que plantan sus pinos. No observa la etiqueta cardenalicia, y se hace acompañar por un solo lacayo en

un carruaje de capricho suyo; todo se lo perdonan con llamarle *Mad. Vidomi* (1).

Mis colegas de embajada son el conde Lutzow, embajador de Austria, hombre cortés: su mujer canta bien: siempre el mismo aire, y habla continuamente de sus niños. El sabio baron Bunsen, ministro de Prusia y amigo del historiador Niebuhr (actualmente estoy en tratos con él para el arrendamiento á mi favor de su palacio sobre el Capitolio). El ministro de Rusia, príncipe de Gagarin, desterrado en las grandezas pasadas de Roma por amores desvanecidos: si él fue preferido por la hermosa dama Narischkin, habitante un momento de mi antigua ermita de Aulnay,

(1) Cuando marché de Roma me compró mi carruaje, y me hizo la honra de morirse en él yendo á Ponte Molle. (Nota de París, 1836.)

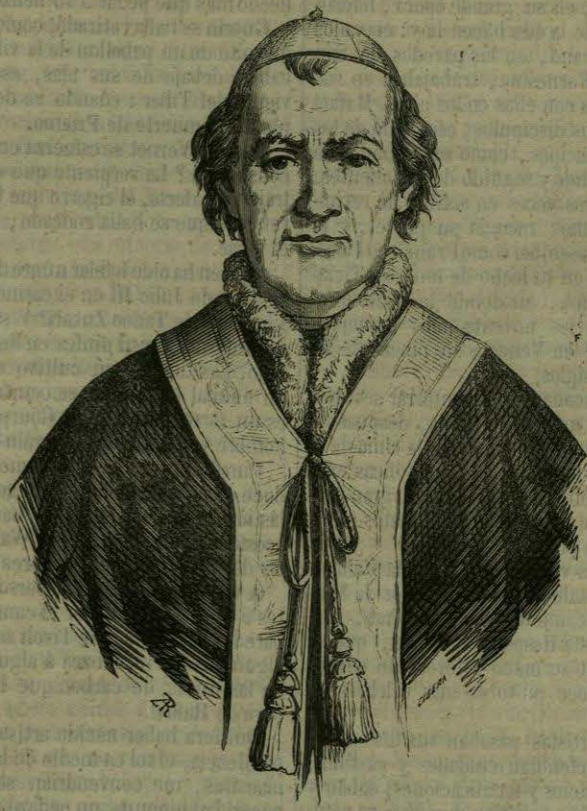
habría entonces algún encanto en el mal humor: domina uno mas por sus defectos que por sus cualidades.

El Sr. de Labrador, embajador de España, hombre fiel, habla poco, se pasea solo, piensa mucho, ó no piensa nada, cosa que no he podido saber á punto fijo.

El anciano conde Fuscaldo representa á Nápoles, como el invierno representa á la primavera. Tiene un gran cartapacio de carton, sobre el cual estudia con anteojos, no los campos de rosas de Pæstum, sino

los nombres de los extranjeros sospechosos cuyos pasaportes no debe visar. Envidio su palacio (Farnesio), admirable estructura no concluida, que Miguel Angel coronó, que pintó Anibal Carraccio ayudado de su hermano Agustin, y bajo cuyo pórtico se eleva el sarcófago de Cecilia Metella, que nada ha perdido en el cambio de mausoleo. Fuscaldo, en arameles de espíritu y de cuerpo, tiene, según dicen, una querida.

El conde de Celles, embajador del rey de los Pa-



LEON XII. PAPA.

ses Bajos, se había casado con la señorita de Valence, hoy difunta, de la que tuvo dos hijas, que por consiguiente son nietas de Mad. de Genlis. Mr. de Celles ha permanecido prefecto, porque lo fue: carácter que participa del de locuaz, tiranuelo, reclutador é intendente; que nunca se pierde. Si se tropieza con un hombre que en vez de hablar de fanegas, toesas y pies habla de *hectáreas, metros y decímetros*, ese es un prefecto.

Mr. de Funchal, embajador semi-declarado de Portugal, es rechoncho, vivaracho, amigo de hacer gestos, verde como un mono del Brasil, y amarillo como una naranja de Lisboa: canta, no obstante, á su negra este nuevo Camoens. Muy aficionado á la música, tiene á sueldo una especie de Paganini mientras aguarda la restauracion de su rey.

Por aquí y por acullá he visto ministros perillanos de diferentes Estados pequeños escandalizados del poco caso que hacia yo de mi embajada: su importancia abrochada, estirada, silenciosa, caminaba con las piernas juntas y á pasos cortos: parecia que iba á reventar con secretos que no sabe.

#### LOS ARTISTAS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS.

Embajador de Inglaterra en el año de 1822, busqué los sitios y los hombres que había conocido en otro tiempo en Londres en 1793: embajador cerca de la Santa Sede en 1828, me apresuré á recorrer los

palacios y las ruinas, y á preguntar por las personas que había visto en Roma en 1803: de los palacios y de las ruinas encontré muchos; de las personas pocas.

El palacio Lancelotti, alquilado en otro tiempo al cardenal Fesch, se halla ocupado actualmente por sus verdaderos dueños, el príncipe de Lancelotti y la princesa, hija del príncipe Massimo. La casa en donde vivió Mad. de Beaumont, en la plaza de España, ha desaparecido. En cuanto á Mad. de Beaumont, fué á habitar su último asilo, y he orado con el papa Leon XII sobre su tumba.

Canova se ha despedido tambien del mundo. Le visité dos veces en su taller en 1803, y me recibió con el mazo en la mano. Enseñóme con el aire mas sencillo y dulce su enorme estatua de Bonaparte, y su Hércules arrojando á Lycas en las aguas: queria convenecer de que podia llegar á la energía de la forma, pero aun entonces mismo se negaba su cincel á profundizar la anatomía, y á pesar suyo se revelaba la ninfa en las carnes, y se encontraba la Hebe bajo las arrugas de sus ancianos. He encontrado en mi camino al primer escultor de mis tiempos, que ha caído de su cadalso como Goujon de su cadalso del Louvre: la muerte está ahí siempre para continuar la eterna jornada de San Bartolomé y derribarnos con sus flechas.

Pero quien vive aun, con gran placer mio, es mi anciano Bognet, el decano de los pintores franceses en Roma. Por dos veces ha intentado abandonar su

anados campos, llegando hasta Génova; pero le faltó el corazón, y regresó á su hogar adoptivo. Yo he mirado por él en la embajada, igualmente que por su hijo, á quien profesa el cariño de una madre. He vuelto á principiar con él nuestras antiguas excursiones, y solo echo de ver su vejez en la lentitud de sus pasos; siento una especie de enternecimiento contrahaciendo el joven y midiendo mis pasos por los suyos. Nosotros no tenemos ya, ni uno ni otro, mucho tiempo para ver correr el Tiber.

Los grandes artistas, en su grande época, hacían una vida muy distinta de la que hacen hoy: clavados en las bóvedas del Vaticano, en las paredes de San Pedro, ó en las de la Farnesina, trabajaban en sus obras maestras colgados con ellas en los aires. Rafael caminaba rodeado de sus discípulos, escoltado de los cardenales y de los príncipes, como un senador de la antigua Roma, precedido y seguido de sus clientes. Carlos V se puso por tres veces en actitud de retratarse delante del Ticiano: recogía su pincel, y le cedía la derecha en el paseo, así como Francisco I asistía á Leonor de Vinci en su lecho de muerte. Ticiano fué en triunfo á Roma, en donde le recibí el inmenso Buonarrotti: á los noventa años manejaba Ticiano con pulso firme en Venecia su pincel de un siglo; vencedor de los siglos.

El gran duque de Toscana hizo desenterrar secretamente á Miguel Angel, muerto en Roma, despues de haber colocado á los ochenta y ocho años la cima de la cúpula de San Pedro. Florencia, con magníficas exequias fúnebres, expió sobre las cenizas de su gran pintor el abandono en que habia dejado los restos mortales de Dante, su gran poeta.

Velazquez visitó dos veces la Italia, y la Italia se levantó dos veces para saludarle: el precursor de Murillo volvió á tomar el camino de las Españas, cargado de los frutos de esta Hesperia ausónica, que se habian desprendido bajo su mano: llevóse un cuadro de cada uno de los doce pintores mas célebres de aquella época.

Aquellos célebres artistas pasaban sus dias entre aventuras y fiestas: defendían ciudades y castillos; construían iglesias, palacios y fortificaciones; daban y recibían sendas estocadas; seducían mujeres; se refugiaban en los claustros, y eran absueltos por los papas y salvados por los príncipes. En una orgía referida por Benvenuto Cellini se ven figurar los nombres de Miguel Angel y de Julio Romano.

Hoy está muy cambiada la escena: los artistas en Roma viven pobres y retirados. Quizá haya en esta vida una poesía que equivalga á la primera. Una asociacion de pintores alemanes ha emprendido hacer remontar la pintura al Perugino para devolverle su inspiracion cristiana. Estos jóvenes neófitos de San Lucas pretenden que Rafael, en su segundo estilo, se habia vuelto pagano, y que su talento ha degenerado. Enhorabuena: ¡seamos paganos, como las vírgenes rafaélicas, y que nuestro talento degenera y se debilita como en el cuadro de la Transfiguracion! Este error honoroso de la nueva escuela sagrada no deja de ser un error: de ahí se inferiría que la rigidez y el mal dibujo de las formas sería la prueba de la vision instintiva, mientras que esa expresion de fe, que se nota en las obras de los pintores que preceden al Renacimiento, no proviene de que los personajes se hallen colocados derechos é inmóviles como esfinges, sino de que el pintor creía como su siglo. No es religiosa su pintura, sino su pensamiento; cosa tan cierta, que la escuela española es eminentemente piadosa en sus expresiones, no obstante de tener las gracias y los movimientos de la pintura desde el Renacimiento. ¿De qué procede eso? De que los españoles son cristianos.

Voy á ver trabajar separadamente á los artistas: el alumno escultor vive en alguna gruta bajo las verdes

encinas de la villa Médicis, en donde concluye su niño de mármol, que hace beber á una serpiente en una concha. El pintor habita una casa ruinosa en algun punto desierto, y le encuentro solo, tomando, á través de su ventana abierta, alguna vista de la campiña romana. La Salteadora de Mr. Schuetz se convierte en la madre que pide á una Madona la curacion de su hijo. Leopoldo Robert, de vuelta de Nápoles, ha pasado estos últimos dias por Roma, llevándose los paisajes encantados de aquel hermoso clima, que no ha hecho mas que pegar á su lienzo.

Guerin se halla retirado, como una paloma enferma, á lo alto de un pabellon de la villa de Médicis: con la cabeza debajo de sus alas, escuchaba el ruido del viento del Tiber: cuando se despierta, dibuja con la pluma la muerte de Priamo.

Horacio Vernet se esfuerza en cambiar su estilo: ¿lo conseguirá? La serpiente que enrosca á su cuello, el traje que afecta, el cigarro que fuma, las caretas y flores de que se halla rodeado, recuerdan demasiado el vivac.

¿Quién ha oido hablar nunca de mi amigo Mr. Quecq, sucesor de Julio III en el casino de Miguel Angel, de Vignole y de Tadeo Zucari? Y sin embargo ha pintado no muy mal en su ninfea en decreto la muerte de Vitelio. Las tierras sin cultivo estan frecuentadas por un animal astuto que se ocupa en cazar Mr. Quecq; es un zorro, biznieto de Gourpil-Renart, primero del nombre y sobrino de Isengrain-le-Loup.

Pinelli, entre dos embriagueces, me ha prometido doce escenas de bailes, de juegos y de ladrones. Es una lástima que deje morir de hambre á su gran perro acostado á la puerta. Thor Waldser y Carnuccini son los dos príncipes de los pobres artistas de Roma.

A veces esos artistas dispersos se reunen y van juntos á pié á Subiaco. Por el camino pintarrajean en las paredes de la posada de Tivoli asuntos grotescos. Quizá algun dia se reconozca á algun nuevo Miguel Angel en las líneas de carbon que haya trazado sobre una obra de Rafael.

Quisiera haber nacido artista: la soledad, la independencia, el sol en medio de las ruinas y de las obras maestras, me convendrían seguramente. No tengo necesidad ninguna: un pedazo de pan y un cántaro del agua felice me bastarian. Mi vida ha estado pegada miserablemente á los matorrales de mi camino; ¡feliz yo si hubiese sido el ave libre que canta y hace su nido en esos matorrales!

Nicolás Poussino compró con el dote de su mujer una casa sobre el monte Pincio enfrente de otro casino que habia pertenecido á Claudio Gelée, llamado el Lorenés.

Mi otro compatriota, Claudio, murió tambien sobre las rodillas de la reina del mundo. Si Poussino reproduce la campiña de Roma, aun cuando la escena de sus paisajes se halle en otra parte, el Lorenés reproduce el celaje de Roma, aun cuando pinta buques y un sol ocultándose en el mar.

¿Que no haya sido yo el contemporáneo de ciertas criaturas privilegiadas hácia las que siento atractivo en los diferentes siglos! Pero me hubiera sido preciso resucitar con demasiada frecuencia. El Poussino y Claudio el Lorenés han pasado al Capitolio; reyes han ido allí que no valian lo que ellos. De Brosses encontró allí al pretendiente de Inglaterra; yo encontré en 1803 al rey de Cerdeña que abdicó, y hoy, en 1828, hallo al hermano de Napoleon, rey de Westfalia. Roma abatida ofrece un asilo á los poderes caidos: sus ruinas son un lugar de franquicia para la gloria perseguida y los talentos desgraciados.

#### ANTIGUA SOCIEDAD ROMANA.

Si hubiese pintado la sociedad de Roma hace una

cuarta parte de siglo, como he pintado la campiña romana, me veria precisado á retocar mi retrato: no sería ya parecido. Cada generacion es de treinta y tres años; la vida de Jesucristo (Jesucristo es el tipo de todo), y cada generacion en nuestro mundo occidental varia su forma. El hombre está colocado en un cuadro, cuyo marco no cambia, pero en el que los personajes son movibles. Rabelais estaba en esta ciudad en 1536 con el cardenal Bellay, de quien era maestralesa: su oficio era trincar y presentar.

Rabelais, trasformado en hermano Juan des Entommeures, no es del parecer de Montaigne, que casi no ha oido campanas en Roma, y de todos modos muchas menos que en cualquiera aldea de Francia: Rabelais, por el contrario, oyó muchas en la isla Sonante (Roma), dudando que fuese Dodona con sus calderos.

Cuarenta y cuatro años despues de Rabelais encontró Montaigne plantadas las orillas del Tiber, y nota que el 16 de marzo habia rosas y alcachofas en Roma. Las iglesias estaban desnudas, sin estatuas de santos ni cuadros, y no estaban tan adornadas ni tan bellas como las de Francia. Montaigne se hallaba acostumbrado á la *sombria inmensidad de nuestras catedrales góticas*: habla muchas veces de San Pedro sin describirlo, mostrándose insensible ó indiferente á las artes. En presencia de tantas obras maestras ningun nombre se presenta al recuerdo de Montaigne: su memoria no le habla de Rafael, ni de Miguel Angel, muerto no hacia aun diez y seis años.

Por lo demás, las ideas sobre las artes, sobre la influencia filosófica de los genios que las han engrandecido ó protegido, no habian nacido aun. El tiempo hace para los hombres lo que el espacio para los monumentos: no se juzga bien de unos sino á distancia y bajo el punto de la perspectiva: demasiado cerca no se les ve; demasiado lejos tampoco.

El autor de los *Ensayos* no buscaba en Roma mas que la Roma antigua. «Los edificios de la Roma bastarda, dice, que se ven ahora unidos á estas ruinas, aunque sean para admirar á nuestros siglos presentes, me hacen recordar los nidos que los gorriones y cornejas suspenden en Francia de las bóvedas y paredes de las iglesias que los hugonotes acaban de demoler.»

¿Pues qué idea se formaba Montaigne de la antigua Roma cuando consideraba á San Pedro como un nido de gorriones suspendido de las paredes del Coliseo? El nuevo ciudadano romano, por bula auténtica del año 1581, despues de Jesucristo, habia notado que las romanas no llevaban antifaz ó careta como las francesas: se presentaban en público cubiertas de perlas y pedrerías; pero llevaban la *cintura demasiado floja*, y se asemejaban á *mujeres en cinta*. Los hombres iban vestidos de negro, y aun cuando fuesen duques, condes y marqueses, *tenian las apariencias algo groseras*.

¿No es singular que San Gerónimo haya notado el modo de andar de las romanas, que las hacia asemejarse á mujeres en cinta, *solutis genibus fractus incessus*, de rodillas vacilantes y pasos inseguros?

Casi todos los dias cuando salgo por la puerta Angélica, veo una casa miserable bastante cerca del Tiber, con una muestra francesa ahumada, representando un oso: allí fue donde Miguel, señor de Montaigne, desembarcó al llegar á Roma, no lejos del hospital que sirvió de asilo á quel pobre loco, hombre formado á la *poesía antigua y pura* á quien Montaigne habia visitado en su *javala* de Ferrara, y que le inspiraba *mas despecho que compasion*.

Fue un acontecimiento memorable, cuando el siglo XVII comisionó á su mejor poeta protestante y á su genio mas grave para visitar en 1638 la gran Roma católica. Recostada en la cruz, con los dos testamentos en sus manos, y teniendo tras de sí las generaciones culpables salidas de Eden, y delante las generaciones rescatadas procedentes del jardin de las Olivas,

decía al hereje nacido de ayer: —¿Qué quieres de tu antigua madre?»

Leonor la romana encantó á Milton. ¿Se ha visto nunca que Leonor se encuentre en las *Memorias* de Mad. de Motteville, ni en los conciertos del cardenal Mazarino?

El orden de fechas conduce al abate Arnauld á Roma despues de Milton. Aquel abate, que habia empuñado las armas, refiere una anecdota curiosa por el nombre de uno de los personajes, al mismo tiempo que recuerda las costumbres de las cortesanas. El *héroe de la fábula*, el duque de Guisa, nieto del Acuchillado, yendo en busca de su aventura de Nápoles, pasó por Roma en 1647: allí conoció á la Nina Barcarola. Maison-Blanche, secretario de Mr. Deshayes, embajador en Constantinopla, quiso ser rival del duque de Guisa; pero le salió mal la cuenta, porque sustituyeron (era de noche, y en una alcoba sin luz) una horrible vieja á Nina. «Si por una parte fue grande la risa, la confusion fue por otra tanta como se puede imaginar. Habiéndose escapado con gran trabajo el Adonis de los brazos de su deidad, huyó desnudo de aquella casa como si el diablo le fuese á los alcances.»

El cardenal de Retz nada enseña sobre las costumbres romanas. Prefiero á Coulanges y sus dos viajes en 1656 y 1689, en que celebra aquellas *viñas* y aquellos *jardines* cuyos nombres solos son un encanto.

En el paseo á la *Porta Pia* encuentro casi todas las personas citadas por Coulanges: ¿á las personas? ¡No! á sus nietos y nietas.

Mad. de Sevigné recibe los versos de Coulanges, y le responde desde el castillo de las Rocas, en mi pobre Bretaña, á diez leguas de Combourg: «¿Qué triste residencia al lado de la vuestra, mi amable primo! Bien que conviene á una solitaria como yo, así como la de Roma á aquel cuya estrella es errante. ¿Qué dulcemente os ha tratado la fortuna, como vos decís, aurr cuando os haya hecho alguna mala pasada!»

Entre el primer viaje de Coulanges á Roma, en 1656, y el segundo, en 1689, habian transcurrido treinta y tres años. Yo no cuento sino veinte y cinco perdidos desde mi primer viaje á Roma en 1803 hasta mi segundo en 1828. Si hubiese conocido á Mad. de Sevigné, la habria curado de la pena de vejetar.

Spon, Misson, Addison siguen sucesivamente á Coulanges. Spon con Wheller, su compañero, me han servido de guía en las ruinas de Atenas.

Es curioso leer en Dumont cómo se hallaban dispuestas en la época de su viaje en 1690 las obras maestras que admiramos. Veíanse en el Belveder los rios del Nilo y del Tiber, el Antinóo, la Cleopatra, el Laocoonte, y el supuesto Torso de Hércules. Dumont coloca en el jardin del Vaticano los *pavos reales de bronce que estaban en el sepulcro de Scipion el Africano*.

Addison viaja á lo estudiante, y su excursion se reasume en citas clásicas que llevan el sello de recuerdos ingleses: al pasar por Paris ofreció sus poesías latinas á Mr. Boileau.

El padre Labat sigue al autor de Caton: es un hombre singular ese fraile parisiense del orden de predicadores. Misionero en las Antillas, filibustiero, hábil matemático, arquitecto y militar, diestro artillero que asestaba el cañon como un granadero, crítico erudito, que puso á los dieppeses en posesion de su descubrimiento primitivo en Africa, tenia el ánimo inclinado á la zumba y el carácter á la libertad. No sé de viajero alguno que dé nociones mas claras y exactas sobre el gobierno pontificio. Labat recorre las calles, va á las procesiones, se mezcla en todo, y se burla casi de todo.

El hermano predicador refiere que en los capuchinos en Cádiz le dieron sábanas nuevas hacia diez años, y que vió un San José vestido á la española, con espada á la cintura, sombrero debajo del brazo, cabellos

empolvados y anteojos sobre la nariz. En Roma asiste á una misa. «Jamás, dice, he visto juntos tantos músicos mutilados y una sinfonia mas numerosa. Los inteligentes decian que no habia cosa tan hermosa. Yo decia lo mismo, para hacer creer que tambien era inteligente; pero si no hubiese tenido el honor de ser del séquito del oficiante, habria dejado la ceremonia, que duró por lo menos tres horas largas, que me parecieron seis.»

Cuanto mas me acerco á la época en que escribo, mas parecidos son los usos de Roma á los usos de hoy. En tiempo de Brosses las romanas llevaban pelo postizo: las costumbre venia desde muy atrás. Propercio pregunta á su *vida* por qué se complace en adornar sus cabellos.

¡Quid juvat ornato procedere, vita, capillo!

Las Gaulas, nuestras abuelas, prestaban cabellera á las Severinas, á las Priscas, á las Faustinas, á las Sabinas. Velleda dice á Eudoro, hablando de sus cabellos:—«Esta es mi diadema, y la he guardado para tí.» No era una cabellera la conquista mayor de los romanos, pero era una de las mas duraderas: se saca frecuentemente de los sepulcros de las mujeres ese adorno entero que ha resistido á las tijeras de las hijas de la noche, y se busca en vano la frente elegante que coronó. Las trenzas perfumadas, objeto de la idolatría de la mas efimera de las pasiones, han sobrevivido á imperios; la muerte que rompe todas las cadenas no ha podido romper esta ligera madeja. Hoy las italianas llevan sus propios cabellos, que las mujeres del pueblo se sujetan con una gracia llena de coquetería.

El magistrado viajero Brosses, en sus retratos y en sus escritos, tiene un falso aire de Voltaire, con quien tuvo una disputa cómica con motivo de un campo. Brosses habló muchas veces en el borde de la cama de la princesa Borghese. En 1803 vi el palacio Borghese, que brillaba con todo el esplendor de la gloria de su hermano: ¡Paulina Bonaparte no existe ya! Si hubiese vivido en los tiempos de Rafael, la habria representado este bajo la forma de uno de esos amores que se apoyan sobre el lomo de los leones en la Farnesina, y la misma languidez habria arrebatado al pintor y al modelo. ¡Cuántas flores han pasado ya sobre los sitios en que he hecho vagar á Gerónimo, Agustín, Eudoro y Cimodocea!

Brosses representa á los ingleses en la plaza de España, sobre poco mas ó menos como los vemos hoy, viviendo juntos, haciendo gran ruido, mirando á los pobres hermanos de arriba abajo, y volviéndose á su chiribitil rojizo de Londres sin haber echado siquiera una mirada al Coliseo. Brosses obtuvo el honor de hacer la corte á Jacobo III.

«De los dos hijos del pretendiente, dice, el primogénito tiene cerca de veinte años, y el otro quince. A los que los conocen á fondo oigo decir que el mayor vale mas y es mas querido en la familia; que tiene bondad de corazón y gran valor; que siente en extremo su situación, y que si no sale de ella algun día, no será por falta de intrepidez. Me han referido que habiéndole llevado muy jóven aun al sitio de Gaeta, cuando la conquista del reino de Nápoles por los españoles, se le cayó el sombrero en la travesía al mar. Quisieron cogérselo, pero él dijo:—«No, no vale la pena: será preciso que algun día vaya á buscarlo yo mismo.»

Brosses cree que si el príncipe de Gales intenta alguna cosa, no se saldrá con ella, y da sus razones. De vuelta á Roma, despues de sus brillantes estrenos, Carlos Eduardo, que llevaba el nombre de conde de Albany, perdió á su padre; se casó con la princesa de Stolberg-Goedern, y se estableció en Toscana. Verdad

es que visitó secretamente á Londres en 1753 y 1764, como refiere Hume; asistió á la coronacion de Jorge III, y dijo á uno que le habia reconocido entre la muchedumbre:—«El hombre que es objeto de toda esa pompa es á quien menos envidio.»

El enlace del pretendiente no fue feliz: la condesa de Albany se separó de él, y fijó su residencia en Roma: allí fue donde la encontró otro viajero, Bonstetten: el noble bernés, en su ancianidad, me dió á entender en Ginebra que poseia cartas de la primera juventud de la condesa de Albany.

Alfieri vió en Florencia á la mujer del pretendiente, y la amó para siempre. «Doce años despues, dice, en el momento en que escribo todas estas miserias; en esa edad deplorable en que ya no hay ilusiones, conozco que la amo cada dia mas, á medida que el tiempo destruye el único encanto que ella no debe á sí misma, el brillo de su belleza pasajera. Mi corazón se eleva, se hace mejor, y se dulcifica por ella, y me atreveria á decir lo mismo del suyo, que yo sostengo y fortifico.»

He conocido á Mad. de Albany en Florencia: la edad habia producido indudablemente en ella un efecto contrario al que de ordinario produce: el tiempo ennoblece el rostro, y cuando este es de raza antigua, imprime algo de su raza en la frente que ha sureado: la condesa de Albany, de grueso cuerpo y rostro sin expresion, tenia el aire comun. Si las mujeres de los cuadros de Rubens envejeciesen, se asemejarian á madama de Albany en la época en que yo la conocí. Mucho siento que ese corazón, fortificado y sostenido por Alfieri, haya tenido necesidad de otro apoyo. Recordaré aquí un pasaje de mi carta sobre Roma á Mr. de Fontanes:

«¿Sabeis que no he visto mas que una sola vez al conde Alfieri en mi vida, y esa ha sido al colocarle en su ataúd? Dícenme que apenas estaba mudado: su fisonomía me pareció noble y grave: la muerte, sin duda, añadia á ella una nueva seyeridad: el ataúd era un poco corto, é inclinaron la cabeza del cadáver sobre el pecho, lo cual le obligó á hacer un movimiento formidable.»

No hay cosa mas triste que volver á leer hácia el fin de la vida lo que uno ha escrito en su juventud; todo lo que era presente se encuentra ya pasado.

En 1803 vi por un momento en Roma al cardenal York, ese Enrique IX, último de los Stuardos, de edad de setenta y nueve años. Habia tenido la debilidad de aceptar una pensión de Jorge III; la viuda de Carlos I habia solicitado otra en vano de Cromwell. De consiguiente, la raza de los Stuardos ha empleado ciento diez y nueve años en extinguirse despues de haber perdido el trono que no volvió á recobrar. Tres pretendientes se han transmitido en el destierro la sombra de una corona. Todos tenian inteligencia y valor: ¿qué les ha faltado? La mano de Dios.

Por lo demás, los Stuardos se consolaron con la vista de Roma; no eran sino un ligero accidente mas en esos grandes escombros, una pequeña columna rota, erigida en medio de un gran camino de ruinas. Su raza, al desaparecer del mundo, tuvo otro ejemplo mas con la caída de la vieja Europa: ¡la fatalidad inherente á los Stuardos arrastró con ellos en el polvo á los otros reyes, entre quienes se hallaba Luis XVI, cuyo abuelo habia rehusado un asilo al descendiente de Carlos I, y Carlos X ha muerto en el destierro, y su hijo y su nieto andan errantes por el mundo!

El viaje de Lalande á Italia en 1763 y 1766 es lo mejor y mas exacto que hay sobre la Roma de las artes y la Roma antigua. «Me gusta leer á los historiadores y poetas, dice; pero no pueden ser leídos con mayor placer que cuando pisa uno la tierra que los sostenia,

## COSTUMBRES ACTUALES DE ROMA.

paseándose sobre las colinas que describen, y viendo correr los rios que han cantado.» No está esto muy mal para un astrónomo que comia arañas.

Duelos, tan descarnado casi como Lalande, hace esta ingeniosa observacion: «Las piezas de teatro de los diferentes pueblos son una imagen bastante exacta de sus costumbres. Alarlequin, criado y personaje principal de las comedias italianas, le representan con grandes ganas de comer, que provienen de una necesidad habitual. Nuestros criados de comedia son por lo comun borrachos, lo que podrá suponer crápula, pero no miseria.»

La admiracion declamatoria de Dupaty no ofrece comparacion á la aridez de Duelos y de Lalande; pero hace sentir la preséncia de Roma: conócese por un reflejo que la elocuencia del estilo descriptivo ha nacido bajo el hábito de Rousseau *spiraculum vite*. Dupaty se acerca á esta nueva escuela, que muy pronto iba á sustituir lo sentimental, lo oscuro y lo amanejado á la verdad, á la claridad y á la naturalidad de Voltaire. Sin embargo, á través de su afectada jerga, Dupaty observa con exactitud; explica la paciencia del pueblo de Roma por la vejez de sus soberanos sucesivos: «Un papa, dice, es siempre para él un rey que se muere.»

En la villa Borghese ve Dupaty acercarse la noche. No queda mas que un rayo del dia que muere sobre la frente de Venus. ¿Los poetas de ahora se expresarian mejor? Véase cómo se despide de Tivoli. «Adios, valle; soy un extranjero: no habito vuestra hermosa Italia, y no os volveré á ver mas; pero quizá mis hijos ó alguno de ellos vengan á visitaros algun dia: sed para ellos tan encantador como lo habeis sido para su padre.» Algunos de los hijos del erudito y del poeta han visitado á Roma, y habran podido ver el último rayo del dia morir sobre la frente de la *Venus genitrix* de Dupaty.

Apenas dejó Dupaty la Italia, fué Goethe á reemplazarle. ¿Oyó nunca el presidente del parlamento de Burdeos hablar de Goethe? Y, sin embargo, el nombre de Goethe vive sobre esa tierra en donde se ha desvanecido el de Dupaty. No es esto que me guste el poderoso genio de Alemania: tengo pocas simpatías hácia el poeta de la materia: siento á Schiller, y oigo á Goethe. Que haya grandes bellezas en el entusiasmo que experimenta Goethe en Roma hácia Júpiter, así lo juzgan excelentes críticos; pero yo prefiero el Dios de la cruz al Dios del Olimpo. En vano busco al autor de Werther á lo largo de las orillas del Tiber: solo le encuentro en esta frase: «Mi vida actual es como un sueño de la juventud: veremos si estoy destinado á gustarlo ó á reconocer que es vano, como tantos otros lo han sido.»

Cuando el águila de Napoleon dejó escapar á Roma de entre sus garras, volvió á caer esta en el seno de sus pacíficos pastores: entonces apareció Byron en las murallas derruidas de los Césares, y arrojó su imaginacion desolada sobre tantas ruinas como un manto de luto. ¡Roma! Tú tenias un nombre, y él te dió otro, el cual te quedará: él te llamó *da Nioue de las naciones*, privada de sus hijos y de sus coronas, sin voz para decir sus infortunios, llevando en sus manos una coroná vacía, cuyas cenizas hace mucho tiempo estan dispersas.»

Despues de esta última tempestad de poesia, no tardó Byron en morir. Hubiera podido ver á Byron en Ginebra, y no le he visto; hubiera podido ver á Goethe en Weimar, y no le he visto; pero he visto caer á Mad. de Stael, que desdeñando vivir mas allá de su juventud, pasó rápidamente al Capitolio con Corina; ¡nombres imperecederos, ilustres cenizas que se han asociado al nombre y á las cenizas de la ciudad eterna!

Así han caminado los cambios de costumbres y de personajes de siglo en siglo en Italia; pero la gran transformacion ha sido verificada especialmente por nuestra doble ocupacion de Roma.

La república romana, establecida bajo la influencia del Directorio, por ridicula que haya sido, con sus dos *cónsules* y sus *lictors* (malos *facchini* tomados entre el populacho), no dejó de hacer innovaciones felices en las leyes civiles: de las prefecturas imaginadas por esa república romana, es de donde Bonaparte ha tomado la institucion de sus prefectos.

Hemos llevado á Roma el germen de una administración que no existia: Roma, convertida en capital del departamento del Tiber, fue arreglada de un modo superior. El sistema hipotecario lo ha recibido de nosotros. La supresion de los conventos, la venta de los bienes eclesiásticos, sancionada por Pio VII, han debilitado la fe en la permanencia de la consagracion de las cosas religiosas. Ese famoso *index*, que todavía hace algun ruido del lado acá de los Alpes, no hace ninguno en Roma: por algunos bayocos se obtiene el permiso de leer con seguridad de conciencia las obras prohibidas. El *index* entra en el número de esos usos que quedan como testigos de los tiempos antiguos en medio de los tiempos modernos. En las repúblicas de Roma y de Atenas los títulos de *rey*, los nombres de las grandes familias pertenecientes á la monarquía, ¿no eran respetuosamente conservados? Unicamente los franceses son los que se enojan neciamente contra sus sepulcros y sus anales; los que echan abajo las cruces, y devastan las iglesias, en odio al clero del año mil ó mil y ciento. Nada hay mas pueril ni mas tonto que esos ultrajes de reminiscencia: nada que mas pueda hacer creer que somos incapaces de hacer nada serio, y que los verdaderos principios de la libertad nos seran desconocidos para siempre. Lejos de despreciar lo pasado, deberíamos, como hacen todos los pueblos, tratarlo como á un anciano venerable que refiere en nuestro hogar lo que ha visto. ¿Qué mal puede hacernos? Nos instruye y nos entretiene con sus relatos, sus ideas, su lenguaje, sus maneras, sus trajes de otra época; pero carece de fuerza, y sus manos estan débiles, trémulas. ¿Tendríamos miedo de ese contemporáneo de nuestros antepasados, que estaria ya con ellos en la tumba si pudiese morir, y que no tiene mas autoridad que la de sus cenizas?

Los franceses, al pasar por Roma, han dejado en ella sus principios: esto es lo que sucede siempre cuando se efectúa la conquista por un pueblo mas avanzado en civilizacion que el pueblo subyugado: testigo si no los griegos en Asia en tiempo de Alejandro, y los franceses en Europa en tiempo de Napoleon Bonaparte, al arrebatarse los hijos á sus madres, y obligando á la nobleza italiana á dejar sus palacios y á tomar las armas, apresuraban la transformacion del espíritu nacional.

En cuanto á la fisonomía de la sociedad romana, los dias de concierto y baile pudiera uno creerse en París. Los Altieri, la Palestrina, la Zagarola, la del Drago, la Lante, la Lozano, etc., no serian extranjeros en los salones del barrio de Saint-Germain; y no obstante, algunas de esas damas tienen cierto aire asustado, que, á mi juicio, es del clima. La encantadora Falconieri, por ejemplo, se halla siempre junto á una puerta, dispuesta á huir al monte Mario, si la miran: la quinta de Mellini es suya; una novela colocada en ese camino abandonado, bajo cipreses, á la vista del mar, tendria su valor.

Pero cualesquiera que sean los cambios de costumbres y de personajes de siglo en siglo en Italia, se nota

en ella un hábito de grandeza, á que nosotros, mezquinos bárbaros, no nos acercamos. Aun subsisten en Roma sangre romana y tradiciones de los dueños del mundo. Cuando uno vé los extranjeros apiñados en pequeñas casas nuevas á la puerta del pueblo, ó encajonados en palacios, divididos en jaulas y atravesados por chimeneas, se figura ver á unos ratones arañando al pié de los monumentos de Apolodoro y Miguel Angel, y haciendo agujeros en las pirámides á fuerza de roer.

Hoy los nobles romanos, arruinados por la revolución, se encierran en sus palacios, viven con parsimonia, y se constituyen en agentes de negocios de ellos mismos. Cuando uno tiene la suerte (lo cual es muy raro) de ser admitido por las noches en sus casas, atraviesa vastos salones sin muebles, apenas alumbrados, á lo largo de los cuales blanquean en la densidad de la sombra estatuas antiguas como fantasmas ó muertos exhumados. Al extremo de esos salones, el lacayo haraposo que acompaña introduce á uno en una especie de gineceo: alrededor de una mesa se hallan sentadas tres ó cuatro viejas ó jóvenes desaliñadas, trabajando á la luz de una lámpara en labores menudas y cambiando algunas palabras, con un padre, un hermano, un marido medio recostado oscuramente á un lado, en sillones destrozados. Hay, no obstante, un no sé qué de bello y de soberano, que procede de la alta alcurnia, en aquella asamblea parapetada detrás de obras maestras, y que al pronto pudiera tomarse por un Sábado. La especie de los chichisveos ha concluido, aunque todavía haya curas porta-chaes y porta-braserillos: también se suele ver alguno que otro cardenal instalado en casa de una mujer como un canapé.

El nepotismo y el escándalo de los pontífices no son ya posibles, como los reyes no pueden ya tener queridas en título y en honores. Ahora que la política y las aventuras trágicas de amor han cesado de ocupar la vida de las nobles damas romanas, ¿en qué pasan su tiempo en el interior de su casa? Sería curioso penetrar en el fondo de esas costumbres: si me quedo en Roma, me ocuparé de ello.

#### LOS SITIOS Y EL PAISAJE.

Visité á Tivoli el 10 de diciembre de 1803: en aquella época decía yo en un relato que se imprimió entonces: «Este sitio es propio para la reflexión y meditación: recorro mi vida pasada; siento el peso de lo presente, y trato de profundizar mi porvenir: ¿en dónde estaré, qué haré, y qué seré de aquí á veinte años?»

¡Veinte años! Esto me parecía un siglo: yo creía habitar mi tumba antes de que ese siglo hubiese trascurrido. Y no soy yo el que ha pasado, sino el dueño del mundo, y su imperio los que han huido.

Casi todos los viajeros antiguos y modernos no han visto en la campiña romana sino lo que llaman su horror y su desnudez. El mismo Montaigne, que seguramente no carecía de imaginación, dice: «Teníamos á lo lejos, á nuestra mano izquierda, al Apennino, la perspectiva del país desagradable, corcobado, lleno de profundos barrancos... el terreno desnudo, sin árboles, una gran parte estéril.»

El protestante Milton echó sobre la campiña de Roma una mirada tan seca y tan árida como su fe. Lalande y el presidente Brosses son tan ciegos como Milton.

Solo en el *Viaje sobre la escena de los diez últimos libros de la Eneida* de Mr. de Bonstetten, publicado en Ginebra en 1804, un año después de mi carta á Mr. de Fontanes (impreso en *El Mercurio* á fines del año 1803), se encuentran algunos sentimientos verdaderos de aquella admirable soledad; y aun esos están mezclados de reconvenções. «¿Qué placer es

ver á Virgilio bajo el cielo de Eneas, y, por decirlo así, en presencia de los dioses de Homero, dice monsieur de Bonstetten! ¿Qué profunda soledad en aquellos desiertos, en que no se ve mas quemar, bosques ruinosos, campos, grandes praderas y ni un solo habitante! Yo no veía en una vasta extensión de pais mas que una sola casa, y esa estaba próxima á mí, sobre la cima de la colina. Voy á ella, y la encuentro sin puerta; subo una escalera, y entro en una especie de habitacion: un ave de rapiña tenía en ella su nido...

»Estuve por algun tiempo asomado á una ventana de aquella casa abandonada, y veía á mis piés aquella llanura tan rica y magnífica en tiempo de Plinio, ahora sin cultivadores.»

Desde mi descripción de la campiña romana se ha pasado de la denigracion al entusiasmo. Los viajeros ingleses y franceses que me han seguido han marcado todos sus pasos de la Storta á Roma por éxtasis. Monsieur de Tournon, en sus estudios estadísticos, entra en la vía de admiracion que he tenido la dicha de abrir. «La campiña romana, dice, desenvuelve á cada paso la grave belleza de sus inmensas líneas, de sus planos numerosos y su hermoso hacinamiento de montañas. Su monótona grandeza hierre y eleva el pensamiento.

No tengo que mencionar á Mr. Simon, cuyo viaje parece una apuesta, y que se ha entretenido en mirar á Roma por el revés. Hallábame en Ginebra cuando murió casi de repente. Arrendatario, acababa de segar sus henos y de recoger alegremente sus primeros granos, y fué á reunirse con sus yerbas segadas y sus cosechas apiladas.

Tenemos algunas cartas de los grandes paisajistas: Poussin y Claudio Lorenés no hablan una palabra de la campiña romana. Pero si su pluma calla, su pincel habla: el *agro romano* era una fuente misteriosa de bellezas, en la que bebían, ocultándola por una especie de avaricia de genio y como por temor de que el vulgo la profanase. ¿Cosa singular! Ojos franceses han sido los que mejor han visto la luz de la Italia.

He vuelto á leer mi carta á Mr. de Fontanes sobre Roma, escrita hace veinte y cinco años, y confieso que la he hallado con tal exactitud, que me sería imposible quitarle ni añadirle nada. Una compañía extranjera ha venido este invierno (1829) á proponer el laboreo de la campiña romana. ¡Ah, señores; gracias por vuestros parques y vuestros jardines ingleses sobre el Janículo! Si debiesen afeár algun dia los eriales en donde se rompió el arado de Cincinato, y sobre los que se inclinan todas las yerbas al soplo de los siglos, huiria de Roma para no volver á poner en ella los piés en mi vida. Id á llevar á otra parte vuestros arados perfeccionados: aquí la tierra no brota ni debe brotar mas que sepuleros. Los cardenales cerraron los oídos á los cálculos de las bandas negras que acudieron á demoler los restos de Túsculo que tomaban por castillos de aristócratas: hubieran hecho cal con el mármol de los sarcófagos de Pablo Emilio, como hicieron gárgolas con el plomo de los ataúdes de nuestros padres. El Sacro Colegio está por lo pasado: además está probado, con gran confusion de los economistas, que la campiña romana daba al propietario el cinco por ciento en pastos, y no rendiria mas que uno y medio en trigo. No es por pereza, sino por un interés positivo, por lo que el cultivador de las llanuras concede la preferencia á la *pastorizia* sobre el *maggese*. El producto de un hécтар en el territorio romano es casi igual el rendimiento de igual medida en uno de los mejores departamentos de Francia: para convencerse de ello, basta leer la obra de monseñor Nicolai

#### CARTA Á MR. VILLEMMAIN.

Ya he dicho que experimenté disgusto al principio de mi segundo viaje á Roma, y concluí por pegar con las ruinas y el sol: hallábame aun bajo la influencia de mi primera impresion, cuando el 3 de noviembre de 1828 respondí á Mr. Villemain:

«Vuestra carta, caballero, ha llegado muy á tiempo á mi soledad de Roma, y ha suspendido en mí el mal del país que me habia acometido fuertemente. Ese mal no es otra cosa que mis años, que me quitan los ojos para ver como veía antes: mi ruina no es bastante grande para consolarse con la de Roma. Cuando me paseo solo ahora en medio de todos esos escombros de los siglos, no me sirven ya sino de escala para medir el tiempo: retrocedo á lo pasado; veo lo que he perdido, y el corto resto de tiempo futuro que tengo delante de mí; cuento todas las alegrías que podrian quedarme, y no encuentro ninguna; me esfuerzo en admirar lo que admiraba, y ya no me admiro. Vuelvo á mi casa para soportar mis honores abrumados por el *seirocco* ó pasado por la *tramontana*. Esa es toda mi vida, si se exceptúa un sepulcro que no he tenido valor aun para visitar. Aquí se ocupan mucho de los monumentos ruinosos, se les apuntala, y se les quita sus flores y sus plantas: las mujeres que yo habia dejado jóvenes han envejecido, y las ruinas se han rejuvenecido. ¿Qué quereis que se haga aquí?»

»Así es que os aseguro, caballero, que no deseo mas que volver á mi calle de Enfer para no salir de ella mas. He cumplido todos mis compromisos con mi país y con mis amigos. Cuando esteis en el consejo de Estado con Mr. Bertin de Vaux, nada mas tendré que pedir, porque vuestros talentos os habrán hecho ascender muy pronto.

»Espero que mi retiro habrá contribuido algun tanto á hacer cesar una oposicion temible: la Francia ha conquistado para siempre las libertades públicas. Mi sacrificio debe acabar ahora con mi papel. No pido mas que volver á mi *Enfermeria*. No tengo mas que elogios para este país, en el que he sido recibido maravillosamente: he encontrado aquí un gobierno lleno de tolerancia y muy instruido en lo que pasa fuera de Italia; pero nada me halaga mas que la idea de desaparecer enteramente de la escena del mundo: es bueno hacerse preceder en la tumba del silencio que ha de encontrar uno en ella.

»Os doy gracias por haber tenido á bien hablarme de vuestros trabajos. Hareis una obra digna de vos, y que aumentará vuestra reputacion. Si tuviérais que hacer aquí algunas investigaciones, tened la bondad de indicármelas: una excavacion en el Vaticano podria proporcionaros tesoros. ¡Ay! no he visto sino demasiado á ese pobre Mr. Thierry, y os aseguro que su recuerdo me persigue por todas partes: tan jóven, tan amante del trabajo, y marcharse: y como sucede siempre al verdadero mérito, su espíritu se mejoraba, y la razon tomaba en él el lugar del sistema: todavía espero un milagro. He escrito por él, y ni siquiera me han contestado. Mas feliz he sido por vos, y una carta de Mr. de Martignac me hace esperar que al fin os harán justicia, aunque tardía. Yo no vivo ya sino para mis amigos: permitidme contaros en el número de los que me quedan. Quedo, caballero, con tanta sinceridad como admiracion vuestro mas afectísimo servidor.»

#### »CHATEAUBRIAND.

»A Dios gracias, Mr. Thierry ha vuelto á la vida, y ha continuado con nuevas fuerzas sus hermosos é importantes trabajos: trabaja de noche; pero como la *chrysalida*.

»La ninfa se encierra con placer en ese sepulcro de oro y seda que la oculta á los ojos de todos, etc.»

#### A Mad. Recamier.

Roma, sábado 8 de noviembre de 1828.

«Mr. de la Ferronnays me noticia la rendicion de Varna, que yo sabia ya. Creo haberos dicho que toda la cuestion me parecia encerrada en la entrega de esta plaza, y que el gran turco no pensaria en la paz sino cuando los rusos hubiesen hecho lo que no hicieron en las guerras precedentes. Nuestros periódicos han sido bien miserablemente turcos en estos últimos tiempos. ¿Cómo han podido olvidar nunca la noble causa de la Grecia, y manifestar admiracion ante unos bárbaros que esparcen sobre la patria de los grandes hombres y sobre la parte mas hermosa de Europa la esclavitud y la peste? Así somos nosotros los franceses: un poco de descontento personal nos hace olvidar nuestros principios y los sentimientos mas generosos. Los turcos derrotados apenas me causarían compasion: los turcos vencedores me inspirarian horror.

»Mi amigo Mr. de la Ferronnays ha quedado en el poder. Me lisonjeo de que mi determinacion de seguirle habrá alejado á los concurrentes á su cartera. Pero al fin será preciso que salga de aquí: no aspiro mas que á volver á mi soledad y á dejar la carrera política. Tengo sed de independéncia por mis últimos años. Las generaciones nuevas están educadas, y encontrarán establecidas las libertades públicas, por las que tanto he combatido: apodérense, pues, de ellas, pero no abusen de mi herencia, y que vaya yo á morir en paz al lado vuestro.

»Antes de ayer fui á pasearme á la *villa* panfilí: ¡qué hermosa soledad!»

Roma, sábado 15 de noviembre.

«Ha habido un primer baile en casa de Torlonia. He encontrado en él á todos los ingleses de la tierra, y me creía todavía embajador en Londres. Las inglesas parecen figurantas comprometidas para bailar el invierno en París, Milan, Roma y Nápoles, y que vuelven á Londres despues de haber espirado su compromiso en la primavera. Los saltitos sobre las ruinas del Capitolio, las costumbres uniformes que la alta sociedad lleva á todas partes, son cosas bien extrañas: ¡si me quedase aun el recurso de salvarme en los desiertos de Roma!»

»Lo que hay aquí de deplorable, lo que dice mal con la naturaleza de los lugares, es esa multitud de inspidas inglesas y de frívolos *dandys* que, encadenados por los brazos como las comadreas por las alas, pasean su fastidio y su insolencia en las fiestas, y se establecen en casa de uno como en una posada. Esa Gran-Bretaña, vagabunda y derrengada en las solemnidades públicas, salta sobre vuestras plazas y riñe á puñadas con vosotros para arrojaros de ellas. Durante el dia se traga apresuradamente los cuadros y las ruinas, y viene despues, haciéndoo mucho honor, á tragarse los pasteles y los helados de vuestras reuniones. No sé cómo un embajador puede sufrir á esos huéspedes groseros, y no los hace poner á la puerta.»

#### EXPLICACION SOBRE LA MEMORIA QUE VA Á LEERSE.

He hablado en el *Congreso de Verona* de la existencia de mi memoria sobre el Oriente. Cuando la envié de Roma en 1828 al conde de la Ferronnays, ministro entonces de Negocios Extranjeros, no era el mundo lo que es hoy: en Francia existía la legitimidad; en Rusia no habia perecido la Polonia; España era todavía borbónica; Inglaterra no tenia aun el honor de protegernos. De consiguiente muchas cosas se han he-